

*EN MEMORIA DE NUESTROS
COMPAÑEROS VÍCTIMAS DEL
TERRORISMO DE ESTADO EN EL
CINCUENTENARIO DEL GOLPE
GENOCIDA DE 1976*

Haydée Montero

Esteban Alemán

José Romano

Fotos de Daniel Casoy

24 de Marzo de 2026

VIAJE AL CHACO - 1974

Un atardecer de febrero de 1974, un grupo de estudiantes de la Facultad de Agronomía de la UBA partimos rumbo a la provincia de Chaco. El viaje fue organizado por el Centro de Estudiantes de esa facultad. El objetivo principal del mismo era conocer la realidad social, cultural y económica de los pequeños y medianos productores de algodón de la región de Quitilipi.

Integramos ese viaje 27 estudiantes, entre los cuales sólo cuatro éramos mujeres. El grupo era bastante heterogéneo ya que algunos habían cursado muchas materias mientras que otros, hacía uno o dos años que habíamos comenzado la carrera. Además, había cuatro chicos eran estudiantes de la universidad de La Plata. Creo que algunos estaban cursando el ingreso.

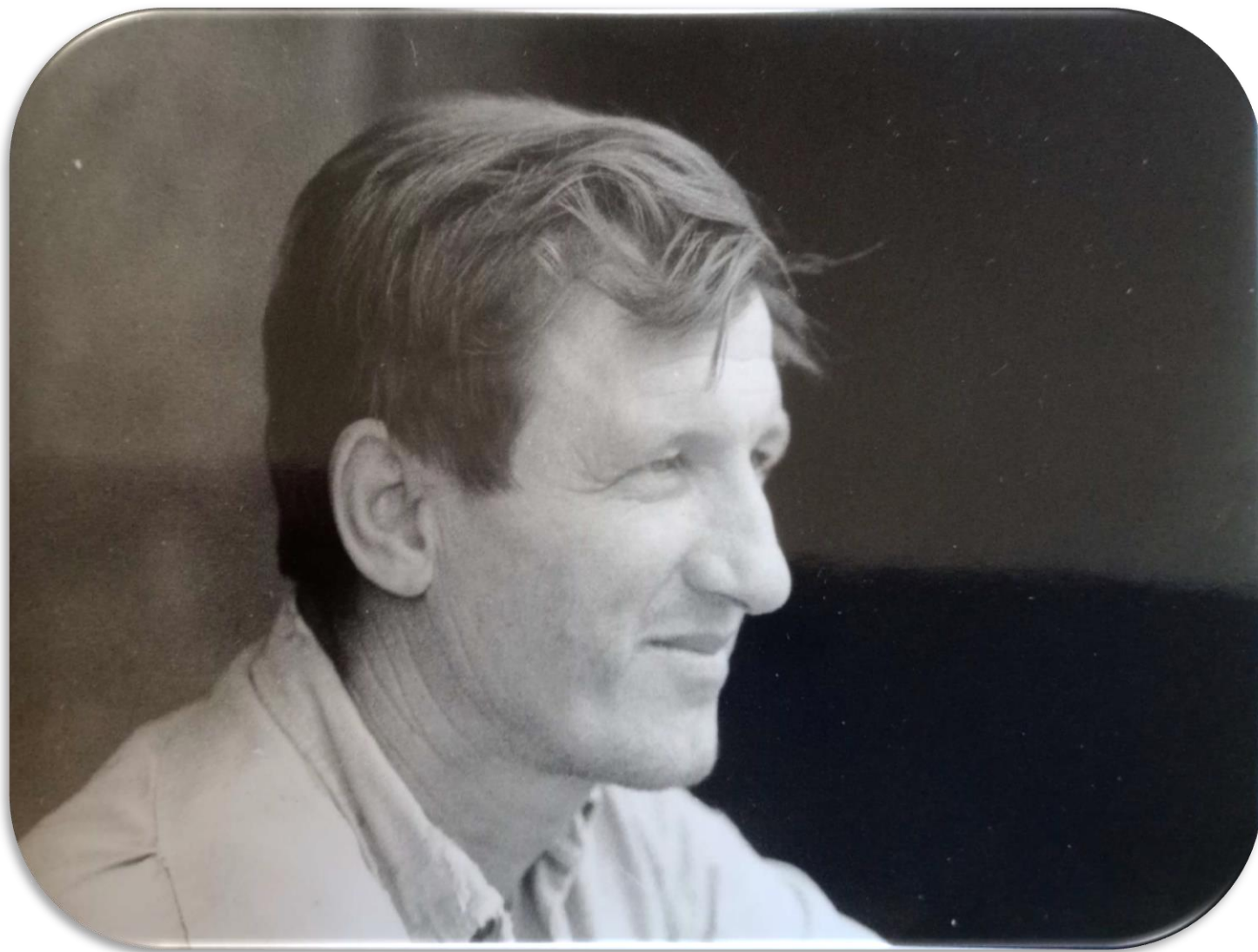
Por la mañana llegamos a la ciudad de Roque Sáenz Peña y nos recibieron muy amablemente en una casa en la cual pasamos el día y que funcionaba como una unidad básica.



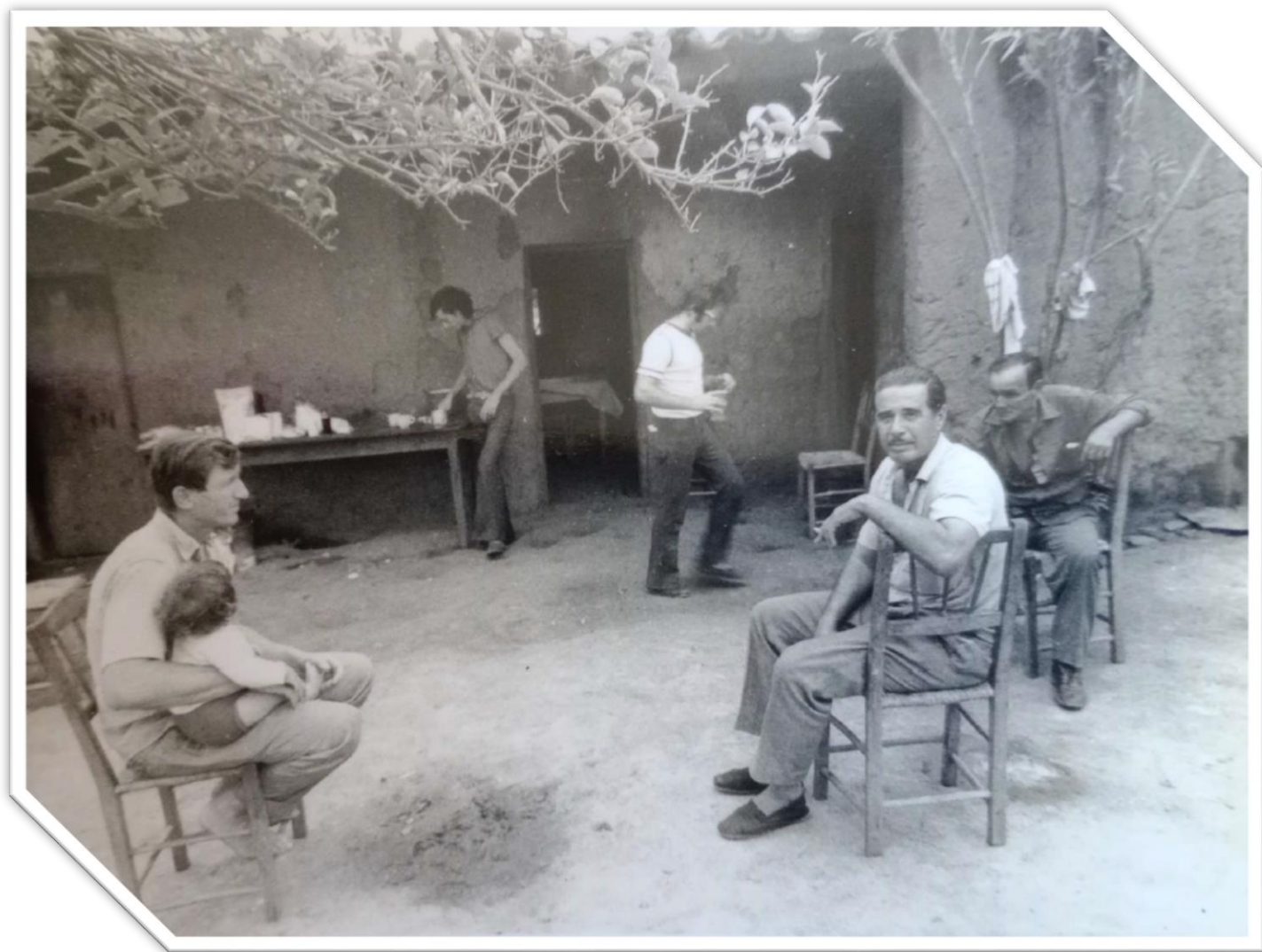


LLEGADA A ROQUE SÁENZ PEÑA, CHACO

Los cinco o seis líderes del grupo se reunieron con los anfitriones, mientras que el resto acomodaba las cosas. Al atardecer llegamos a Quitilipi y nos instalamos en el campo de “Pancho”, un señor que nos esperaba junto a su familia. Todo era muy humilde y esa primera noche dormimos al aire libre en los alrededores de la casa. Las cuatro chicas fuimos privilegiadas porque nos armaron una carpa.



PANCHO, DUEÑO DE LA CASA EN LA QUE NOS ALOJAMOS



PANCHO Y SU FAMILIA NOS RECIBEN

A la mañana siguiente, vimos que la mayoría de los chicos no habían dormido bien, en especial “El Vasco” que se quejaba porque los cerdos se le acercaron y le lamieron su cabello rubio. Entre risas lo consolaban diciéndole que los cerdos confundieron su pelo con marlo de maíz.

Lo cierto es que buscamos la manera de organizarnos mejor. Así fue como el galpón que tenían y que estaba casi vacío, lo habilitamos para guardar la comida que llevábamos (bolsas de harina, azúcar, aceite, etc.) y acomodar nuestras bolsas de dormir.

Entre las chicas hablamos y decidimos dormir en el galpón ya que estaba construido con ladrillos y techo de chapa. Esto nos daba mayor seguridad por las lluvias y por los bichos. Aunque el piso era de tierra, no nos preocupó. Lo cubrimos con papel de diario y por encima colocamos las bolsas de dormir. Acordamos que todos dormiríamos vestidos y previamente nos rociamos con repelente. De ahí en más, nuestra estadía se hizo más comfortable.



NUESTRO ALMACÉN Y DORMITORIO

Al llegar al Chaco, los líderes nos informaron que, para evitar habladurías debido a los prejuicios que existían, un poco propios de la época y otro propios de la comunidad rural, cada una de nosotras iba a decir que era prima de alguno de los chicos. En mi caso, mi primo fue El Vasco por ser ambos rubios. Esto generó que debíamos ir juntos a comprar para lo cual él me llevaba en la bicicleta.

Hacer las compras en el único negocio que había, me produjo una sensación de impotencia al ver la injusticia que se cometía con la gente. En primer lugar, atendían a través de una ventana con rejas, es decir, no se podía entrar. Por otro lado, pude observar que la gente solicitaba algo y nunca le anotaban el peso del producto, solamente lo ponían en una libreta; por ejemplo, papas, harina, etc., pero no constaba si llevaban 1 kg o 5kg. Esto me retorció el estómago porque de esa manera los tenían esclavizados y siempre les debían plata.

En nuestro caso, el trato fue diferente y el vendedor no salía de su asombro al ver que nosotros sumábamos mentalmente, es decir, no podía estafarnos. Recuerdo que ambos nos fuimos en silencio durante todo el camino, sufriendo al presenciar un comportamiento abusivo y de sometimiento por parte del comerciante. Parecía que habíamos retrocedido a la Edad Media con esclavitud incluida.

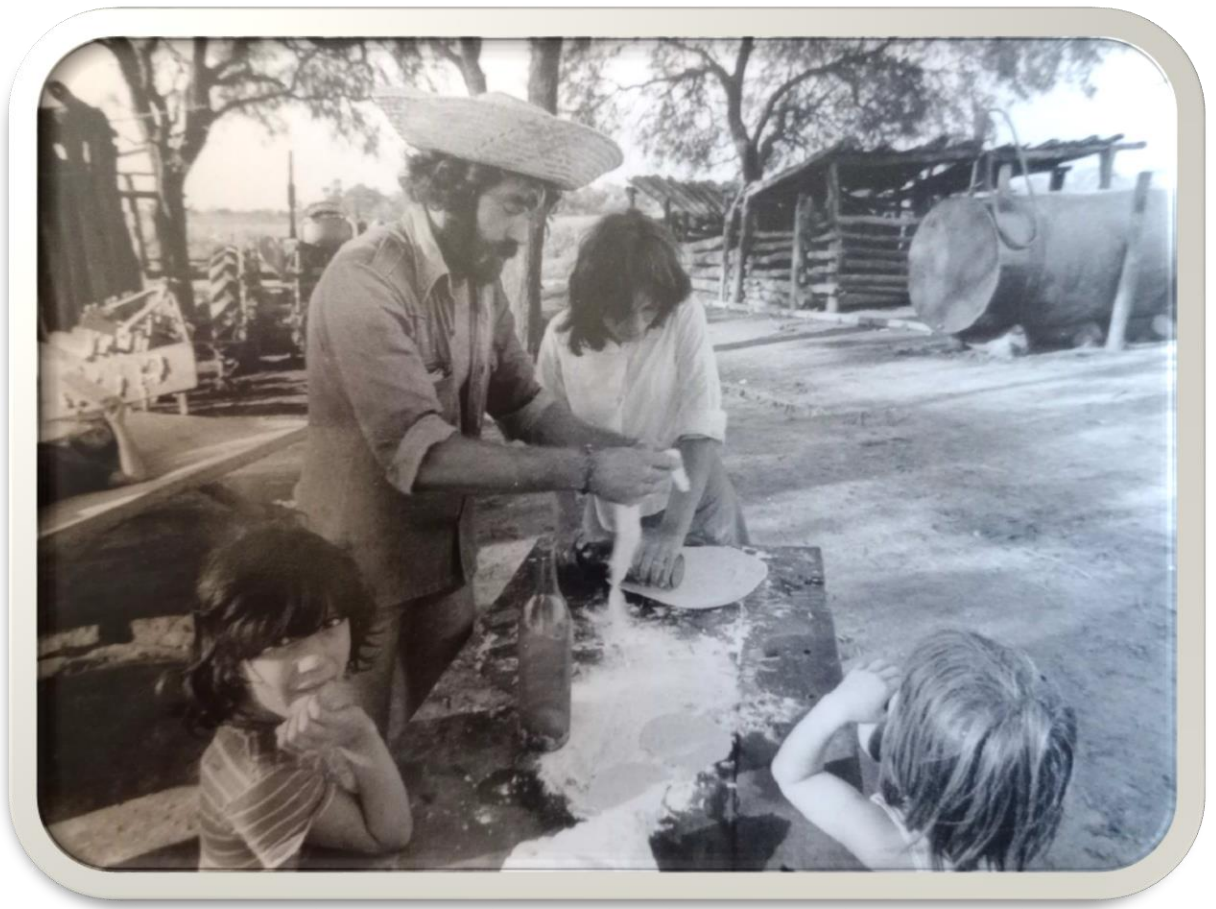
Nos faltaba encontrar un lugar para cocinar y eso lo logramos al lado de un horno de barro que se encontraba debajo de un algarrobo, que nos proporcionaba un hermoso espacio para estar todos juntos y a la sombra. Ese lugar se transformó en nuestro espacio de charlas, reuniones para compartir, chistes, canciones, contar cada día nuestras experiencias vividas en cada campo al que íbamos y, por supuesto, comer las delicias que mis compañeros preparaban. Está demás decir que no era buena cocinera, así que sólo me limité a ayudar.





NUESTRA COCINA: EL ALGARROBO Y EL HORNO DE BARRO

Un gran desafío se produjo el día en que se hicieron ñoquis. Un grupo comenzó a preparar la masay dispusieron las tiras sobre una larga mesa, armada sobre caballetes. Mientras cortaban y le daban forma a los ñoquis, comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia. Todos empezamos a apurar el paso y sin lograr terminar, la lluvia se hizo cada vez más fuerte. Siempre que recuerdo esta anécdota sigue provocando risa debido a que cada uno de nosotros reaccionó de una manera diferente para salvar a los ñoquis. Uno, comenzó a ponerlos dentro de una olla; otro, dentro de una palangana; y otros, yo incluida, intentamos recogerlos con las manos, riéndonos inmediatamente de vernos tan ridículos, ya que todo lo que hacíamos era inútil porque no lográbamos que dejen de mojarse. Finalmente, y a pesar de la ligereza y la buena disposición de todos, muy pocos se podían salvar hasta que a "El Gitano", como le decíamos a Jorge, buscó otra mesa y la colocó encima. Y así, luego de los aplausos a nuestro salvador y de que terminara de llover, pudimos almorzar un rico plato de ñoquis caseros.







Todas las mañanas, luego de hacer fila frente a las palanganas que se usaban para lavarnos los dientes, nos disponíamos a salir en grupos de a dos o tres para ir al campo asignado. Mi grupo estaba formado por Arturo, a quien conocía de la facultad; y El Turco, un chico de La Plata. Los tres íbamos cada día a un campo diferente para conocer a las familias, sus trabajos y sus costumbres. Siempre y con mucho respeto tratamos de comunicarnos sin ser invasivos.



TACHOS DONDE SACABAMOS AGUA PARA COCINAR Y LAVARNOS

A simple vista, se notaba una gran diferencia entre nosotros y la gente del lugar. En principio, porquenosotros vivíamos en una gran ciudad y ellos conocían sólo el ámbito rural de su región. Luego, por el nivel de formación educativa; y por último, pero de mucha importancia, la impronta cultural muy arraigada en ese lugar.

Puedo comentar algunas de mis experiencias que, conversadas luego con mis compañeros, se repetían en muchas casas. Por ejemplo, observé que casi todos los matrimonios estaban constituidos por hombres descendientes de familias árabes y las mujeres eran criollas de familias argentinas no descendientes de europeos. En estas casas, la cultura machista estaba muy arraigada. Tenían muchos hijos, con el objeto de tener varones para trabajar en el campo, mientras que a las mujeres no se les permitía trabajar allí quedándose únicamente en las casas. Además, como los recursos económicos eran muy bajos, los hombres se sentaban a comer y las mujeres permanecían de pie esperando

que ellos terminen para luego comer lo que sobraba. Esto me ponía muy incómoda porque a mí me “obligaban” a sentarme a la mesa.

Tampoco me resultaba fácil poder conversar con las mujeres. En pocas ocasiones logramos tener alguna charla con ellas, aunque nos manifestaban una gran alegría de vernos y siempre se dirigían a nosotros con una sonrisa y gran amabilidad.

En una familia en particular, me sorprendió el gran contraste que se daba con respecto a otras casas, ya que una única hija manejaba todo el campo junto a su padre. Conducía el tractor, trabaja en los cultivos y tomaba las decisiones.



LA HIJA TRABAJANDO EN EL CAMPO



MANOLO JUNTO A CAMPESINOS DE LA ZONA

Con los hombres fuimos al campo a recolectar algodón. Durante esa experiencia creo que todos nosotros aprendimos el proceso de cosecha y acopio. Todo el trabajo se hacía manualmente y trataban de conseguir tres cosechas en el año si las lluvias se lo permitían. Sus campos estaban bastante agotados, producto del monocultivo y la poca asistencia técnica que recibían.

Otro día, a mi grupo nos tocó ir al monte a buscar un panal de miel. Fue una experiencia difícil ya que debíamos caminar casi en cuclillas, separando ramas con espinas. Las abejas (que creo eran avispas) se enloquecieron y nos comenzaron a picar. Esto nos obligó a correr y a escapar de allí como pudiéramos, siempre tratando de no separarnos mucho para no perdernos. Yo, afortunadamente, estaba bien pertrechada y salí ilesa, pero mis compañeros recibieron varias picaduras y no fue agradable verlos lastimados.

Otro momento interesante que guardo en mi memoria fue una charla con un campesino. Yo sabía que en la región había una comunidad aborigen (no sé si Tobas o Matacos), pero ante la falta de mano de obra para trabajar en el campo, le pregunté por qué no contrataban a los aborígenes. La respuesta fue contundente. El problema es que si surge un conflicto con alguno de ellos en un campo, todos se van de todos los campos. No se puede tratar individualmente con ellos.

Esta respuesta me dejó perpleja. Ahí vi la resistencia a la que están obligados para poder permanecer como comunidad. Estaban empobrecidos, marginados y lo único que les quedaba para subsistir era la unidad. Esa charla fue muy fuerte para mí.

Otro día, invitaron a un cacique que vino a conversar con nosotros. Recuerdo la expectativa nuestra y la simpleza y claridad de su mensaje. En ese momento, ellos mantenían contacto con la gente de Las Ligas Agrarias que apoyaban a los campesinos con sus demandas. De todos modos, percibí escepticismo en muchos de ellos. Recuerdo que yo veía la posibilidad de que las cosas mejorasen para toda la comunidad, pero varios campesinos me dijeron que era muy difícil cambiar cuando había muchos poderosos que no permitían mejoras sustanciales. Me volví esperanzada pero lamentablemente el tiempo les dio la razón.

La alegría y la esperanza de que las cosas pudieran cambiar duraron poco. La realidad brutal que vino después fue un golpe tan duro que el dolor aún perdura.

El viaje se extendió casi un mes y creo que todos volvimos diferentes después de pasar esa experiencia. Una de las chicas me dijo que ella abandonaba la carrera, intuyo que fue debido a que le costaba asimilar las incomodidades de la vida diaria y supongo que también era difícil asimilar la realidad social y cultural. Yo volví convencida en terminar mis estudios y trabajar desde donde pudiese para mejorar y ayudar en la vida de los otros.

El viaje concluyó con un baile al aire libre, iluminados con faroles y una luna llena maravillosa, comiendo asado, tomando vino y bailando chamamé.



HORACIO, EL VASCO Y PIPO COMPARTIENDO UN ASADO CON GENTE DEL LUGAR



QUIQUE Y DANIEL (EL FOTOGRAFO DEL GRUPO)

Durante el viaje, uno de los chicos nos sacó varias fotos que guardan esos momentos y que aún conservo. De regreso nos detuvimos en Roque Sáenz Peña donde pasamos la última noche y disfrutamos de una enorme torta que nos había preparado la comunidad a modo de despedida. Al día siguiente, llegamos a Buenos Aires para continuar con nuestras vidas que, por cierto, fueron muy distintas de las que teníamos al iniciar el viaje.



FAMILIA DEL PARAJE QUE NOS REGALA LA TORTA A MODO DE DESPEDIDA

A algunos compañeros ya no los volví a ver, con otros nos reencontramos cada tanto y a otros me los arrebataron durante la dictadura siniestra que tuvimos. A todos los guardo en mí corazón y esta reseña la hice con el objetivo de mantenerlos vivos.

Gracias



Haydée Montero

24/03/2026

VIAJE AL CHACO - 1974

Durante la estadía compartimos con las trabajadoras y trabajadores sus casas, espacios de reflexión, incluso un día estuvimos cosechando algodón con ellas/os; era impactante la enorme diferencia en efectividad, velocidad y facilidad que teníamos con las/os locales para arrancar los capullos de sus plantas. También experimentamos en cuerpo propio lo duro de la tarea.

Ni por asomo tengo la prodigiosa memoria de la compañera Haydée que nos compartió tantos recuerdos y anécdotas, pero si me quedaron grabadas dos sentimientos internos que marcaron los siguientes años de mi vida que serían muy importantes:

- El primero fue la profunda y hermosa experiencia como grupo humano de la mayoría de compañeras y compañeros que fuimos; que nos permitió conocernos más, compartir inquietudes no sólo a nivel personal, sino también en lo que se refería a nivel país.
- Y el segundo está íntimamente ligado al primero: A la vuelta muchas/os de nosotras/os resolvimos empezar a militar en la Juventud Universitaria Peronista (JUP). Era mucho más que comenzar con una militancia partidaria, era comprometernos con un proyecto, una forma de vida que lo que buscaba era un país justo y solidario para con los sectores más necesitados.



INTERCAMBIANDO EXPERIENCIAS CON EL GRUPO LUEGO DE ASISTIR A LOS DISTINTOS CAMPOS

Esteban Aleman

24/03/2026

EXPERIENCIA DE VIDA

En 1970 me reincorporé al estudio y comencé a avanzar en la carrera de Ingeniería Agronómica. Lenta pero sostenidamente fui aprobando materias. En 1973 había logrado pasar a 4º año (aprobadas 20 materias de un total de 37). En ese año participé de la euforia política del fin de la proscripción y con entusiasmo comencé a participar en las actividades del Centro de Estudiantes. Se hace difícil describir la alegría que generó el triunfo de la democracia, después de tantos años de gobiernos de facto. En mi caso hubo como un punto de inflexión en setiembre de 1973 mas precisamente el 11, día del golpe de estado en Chile. Angustiados y motivados, como estudiantes salimos de las aulas para participar de una gran manifestación en el centro de Buenos Aires repudiando ese hecho nefasto y doloroso para el pueblo chileno que de alguna manera rememoraba angustiosos momentos de nuestra historia política.

La participación política estudiantil en la facultad de agronomía se acrecentó y nos unía la necesidad de estar más cerca del sector productivo, conocer sus logros y necesidades. En contacto con las Ligas Agrarias chaqueñas se programa una actividad consistente en que un grupo de estudiantes compartan la cotidianidad y el trabajo de los productores. Es así que en febrero de 1974 partimos hacia la localidad de Sáenz Peña para luego internarnos en la zona rural de **“El Tacuruzal”**. Instalamos algunas carpas en el campo de Pancho y también utilizamos el galpón como dormitorio.

Participamos de la cosecha de algodón y girasol y de largas y amenas charlas con Pancho y otros productores. Lo más importante del viaje fue el crecimiento de la amistad y compañerismo entre nosotros, el intercambio de experiencias y expectativas. El tiempo disponible nos dio posibilidades de interactuar mucho más que en el ámbito de la facultad.

Estreché vínculo con Claudio, que si mal no recuerdo era el presidente del Centro de Estudiantes, Esteban, Enrique “Quique” Montarce, Van Gelderen, Ricardo Rossi, Haydée, Tito Manfredi, Arturo Auslender y su actual pareja, Ana. El tema político era importante. A nuestra edad y en esas circunstancias queríamos cambiar el mundo. Que la justicia social se instalara en la sociedad, tanto en el campo como en la ciudad.

En fin, todo lo vivido favoreció mi actitud positiva con el estudio y la carrera de Agronomía. Siendo habitante de una gran ciudad como Buenos Aires, eran muy pocos los puntos de referencia que podía tener del futuro medio profesional. Se puede decir que ahí nació mi vocación de ejercer como extensionista rural. Trabajar en una agencia de extensión del INTA.

Con el compañero que comenzó a afirmarse una verdadera amistad fue con Quique. Recuerdo comenzó a frecuentar la parroquia de mi barrio y conoció al Padre Hugo Veneziale, mi modelo y pastor. Se fueron haciendo muy amigos. Continuamos juntos a pesar que me mudé de barrio. Estudiamos varias materias y rendimos con éxito. Cuando me recibí en el 76 venía a visitarnos con frecuencia porque había nacido nuestra primera hija. Recuerdo un hecho relevante que vale la pena recordar y compartir. El padre Hugo además de ser un pastor excepcional tallaba madera, era un artista. Hacía esculturas religiosas tanto para la Parroquia de Belén de la cual era Párroco, como para otras que le encargaban. Él tenía el bosquejo de la imagen de la Virgen de Belén que pensaba entronizar en la parroquia. Estaba necesitando la madera para esculpir la imagen.

Quique enterado del tema se puso en campaña para conseguir el rollizo de cedro que se transformaría en imagen. Tenía contacto con la Cátedra de Dasonomía, cuyo titular era el Ing. Agr. Domingo Cozzo. El rollizo fue donado para ese fin a pesar que el Ing. Cozzo era ateo y una vez entronizada la virgen asistió al acto. Cosas de Quique. Esa imagen se puede apreciar en el presente en la sede de la parroquia en Burela 3246 Barrio de Villa Urquiza.

Al año siguiente me anoté para acceder a una beca de iniciación para graduados y la obtuve. Comencé mis primeras armas como profesional en la AER de Carlos Pellegrini, provincia de Santa Fe, dependiente de la Estación Experimental Regional del INTA de Rafaela. Una vez finalizada la beca, continué con mi actividad profesional en la provincia de Córdoba. Desde hace 46 años residimos en la ciudad de Villa María.

Con Haydée, nos reencontramos hace mas de 20 años y comenzamos a comunicarnos con cierta frecuencia, incluso por su actividad profesional nos encontramos varias veces en congresos y también en Villa María. Juntos nos estimulamos para compartir estos recuerdos. No lo podemos hacer con los compañeros desaparecidos, **CLAUDIO CASOY, ESTEBAN GARAT, RICARDO ROSSI y ENRIQUE MONTARCE** a quienes le debemos nuestro imperdurable homenaje. La ausencia de ellos nos desgarran el corazón y su recuerdo nos ha estimulado para seguir adelante intentando con firmeza, poner en práctica todos los objetivos que junto con ellos nos movilizaron para construir un mundo mejor.

José Carlos Próspero Romano

24/03/2026